

Recortes

Dos han sido las reacciones al anuncio de recortes presupuestales: unos se quejan del impacto que tendrán sobre programas concretos, la inversión pública o la demanda agregada. Otros critican que fue demasiado poco, demasiado tarde. Nadie defiende al gasto gubernamental por sus virtudes o por las oportunidades que podría generar, sino por los costos que entraña. El gasto, en cualquier país, refleja una combinación de prioridades políticas y correlaciones de fuerzas. Esa correlación de fuerzas arroja una enorme debilidad fiscal, que refleja la fragilidad institucional del sistema político.

Hay tres factores que agudizan nuestra debilidad fiscal: primero, las excesivas facultades discrecionales con que cuentan los funcionarios. Los ministros europeos o estadounidenses, a diferencia de los mexicanos, venezolanos o brasileños, no cuentan con dineros que puedan emplear a discreción. En México hasta los secretarios de tercera cuentan con fondos discrecionales; ni qué decir de la Secretaría de Hacienda. El punto es que aunque el Congreso tenga facultades para aprobar el presupuesto, su poder fiscalizador es mínimo, dadas las atribuciones reales del poder ejecutivo, infinitamente

superiores a las que caracterizan al secretario del Tesoro estadounidense o sus equivalentes en los países desarrollados.

Un segundo factor que caracteriza a nuestra hacienda pública es la relativamente baja carga fiscal promedio. Aunque algunos pagan mucho, otros no pagan nada. El problema de recaudación se potencia debido a circunstancias que sólo se explican por relaciones de poder o por indisposición, también originada en cálculo político. Por un lado, hay un sinnúmero de sectores y actividades que están, de facto, excluidos de obligaciones fiscales: sindicatos, favoritos, clientelas, crimen organizado, gobiernos estatales, partidos políticos y un largo etcétera. Por el otro, cuando se consideran alternativas al financiamiento gubernamental no se reconoce la necesidad de vincular la recaudación con el gasto, algo que sólo podría ocurrir si los estados recaudaran más, lo que obligaría a los gobernadores a ser responsables ante sus electores.

El tercer factor, y la razón por la cual es tan frágil la situación fiscal del gobierno, es que el sistema político hace mucho perdió toda legitimidad. La renuencia a buscar mejores formas de recaudar (que no necesaria-

Hay tres factores que agudizan nuestra debilidad fiscal: primero, las excesivas facultades discrecionales con que cuentan los funcionarios. Los ministros europeos o estadounidenses, a diferencia de los mexicanos, venezolanos o brasileños, no cuentan con dineros que puedan emplear a discreción. En México hasta los secretarios de tercera cuentan con fondos discrecionales; ni qué decir de la Secretaría de Hacienda. El punto es que aunque el Congreso tenga facultades para aprobar el presupuesto, su poder fiscalizador es mínimo, dadas las atribuciones reales del poder ejecutivo, infinitamente superiores a las que caracterizan al secretario del Tesoro estadounidense o sus equivalentes en los países desarrollados.

mente implica elevar las tasas de los impuestos existentes) se deriva, a final de cuentas, de la percepción, bien ganada, de que la recaudación no es más que un reflejo de la legitimidad del gobierno. Algunos suecos preferirían una estructura fiscal que priorizara objetivos diferentes a los existentes, pero ninguno pone en duda la legitimidad de su gobierno (cuyas tasas impositivas son superiores al 60%). La razón de esto último radi-

ca en que la población puede ver sus “impuestos trabajados” en sistemas educativos y de salud de primera, un cuidado impecable de los dineros públicos y una economía que funciona. El punto es que la debilidad fiscal del gobierno mexicano es producto de su pésimo desempeño: más dinero no resuelve ese dilema, ni hace posibles mejores servicios públicos.

Aunque ha habido momentos de mayor fortaleza fiscal, la debilidad observa-

da en las últimas décadas ha caminado en paralelo con el colapso de la legitimidad a partir de los setenta. La gran fortuna del gobierno fue que se encontró con el petróleo justo en ese período. Fue a partir de los setenta que la promesa petrolera generó fondos nunca antes imaginados, lo que permitió evadir el problema político de fondo: dado el control gubernamental de los recursos petroleros, pareció natural emplearlos para fines políticos y de gasto corriente.

Cuatro décadas después, la evidencia es abrumadora: la renta petrolera se dispendió desde el primer día, incluso antes de que comenzara a fluir en la segunda mitad de los setenta, y jamás se convirtió en un instrumento de desarrollo de largo plazo. Billones de dólares atravesaron por las arcas gubernamentales dejando muy poco más allá de clientelas dependientes de recursos públicos, sindicatos encumbrados, grandes riquezas de políticos y gobernadores dedicados a negocios particulares y un país que, aunque ciertamente ha mejorado, dista mucho de haber disfrutado del buen gobierno que hubiera sido indispensable para lograr ese cometido. Cuando se promovía la reforma energética se hablaba mucho de

Noruega como el “modelo” a imitar. En ambos casos hay mucho petróleo; la diferencia ha sido la calidad de su administración. Hubiera sido mejor contar con esa clase de administración que con petróleo...

La gran pregunta ahora es si nos encontramos ante un bajón cíclico o uno estructural. En la literatura cotidiana es fácil encontrar argumentos en ambos sentidos: aquellos que creen que bajará la oferta, afianzando los precios del petróleo; y aquellos que observan una baja tan pronunciada en los costos de energías alternativas que afirman nos encontramos ante el umbral de una nueva era energética.

Yo no sé cuál es la correcta, pero sí sé que si el precio no mejora, el país tendrá que enfrentar el problema de esencia y eso entrañaría una redefinición de relaciones políticas y la creación de pesos y contrapesos efectivos, a fin de poder encarar el crecimiento de los gastos de salud y pensiones que se avecinan. Por supuesto, siempre es posible, incluso probable, la mediocridad intermedia, pero el problema no desaparecerá simplemente porque se haga como que se baja el gasto de manera temporal.

@lrubiof

Jesús Cantú

Se deteriora la economía de los mexicanos

El bajo crecimiento económico de las últimas tres décadas, ubicado en promedio en el 2% anual, y la pésima distribución de la renta proveniente del mismo, provoca el deterioro de la calidad de vida de la gran mayoría de los mexicanos, lo cual se ve reflejado en el crecimiento de los que tienen su fuente de ingresos en informalidad y los que ganan menos de 2 salarios mínimos.

Los indicadores económicos a los que se aferra el presidente Enrique Peña Nieto para tratar de justificar el resultado de las llamadas reformas estructurales, a las que apostó todo su capital político, son la tasa inflacionaria y la creación de empleos. La primera efectivamente durante el actual sexenio se ha mantenido a niveles muy bajos, donde destaca el 2.22% de crecimiento de los precios en los 12 meses que van de enero a diciembre de 2015.

Respecto a la segunda, el presidente se vanagloriaba en octubre del año pasado que en los primeros 34 meses de su gobierno se habían creado un millón 614 mil nuevos empleos formales, de hecho señalaba textualmente, que de acuerdo a los datos del Instituto Mexicano del Seguro Social, “...el empleo que se ha generado en estos primeros 34 meses de un millón 614 mil empleos, comparado con los empleos generados en las cuatro administraciones anteriores, en el mismo período evaluado, en los primeros 34 meses, esta es la cifra de empleos más alta comparada en las cinco últimas administraciones.”

Sin embargo, aunque el número de empleos sea récord lo que omite el presidente es señalar que la calidad de estos empleos es muy baja. De acuerdo con una información publicada por el periódico regional El Norte, en su edición del miércoles 24 de febrero, un análisis del Centro de Investigación en Economía y Negocios del Tecnológico de Monterrey, revela que en el 2015, el número de personas que perciben sólo un salario mínimo se incrementó en 891 mil personas; y el de personas que ganan hasta dos salarios mínimos en 628 mil, es decir, el aumento en las personas que ganan

Los indicadores económicos a los que se aferra el presidente Enrique Peña Nieto para tratar de justificar el resultado de las llamadas reformas estructurales, a las que apostó todo su capital político, son la tasa inflacionaria y la creación de empleos.

máximo 2 salarios mínimos durante el año pasado en 1 millón 519 mil personas, casi el mismo número de nuevos empleos generados en el presente sexenio.

Y no hay que olvidar que en agosto del 2014, Alicia Bárcenas, secretaria ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), señaló a través de un videomensaje: “Aquellos que reciben dos salarios mínimos tienen una remuneración ligeramente superior al umbral de pobreza extrema”. El salario mínimo en México, contrario a lo que dice la Constitución, se encuentra por debajo del umbral de pobreza extrema, de acuerdo a la definición de los organismos internacionales; quienes ganan 2 salarios mínimos todavía se encontrarían por debajo del umbral de pobreza, aunque ya saldrían del de pobreza extrema.

Si a esto se agrega que el porcentaje de trabajadores en los que denominan condiciones críticas de ocupación (incluye a aquellas personas que trabajan menos de 35 horas a la semana por razones ajenas a su voluntad más las que trabajan más de 35 horas a la semana con ingresos mensuales inferiores al salario mínimo y las que laboran más de 48 horas semanales ganando hasta 2 salarios mínimos), creció durante el mismo período en 436 mil 500 personas, para llegar al 12.8% del total de la población ocupada (51.7 millones de personas), con lo cual alcanza a 6.6 millones de personas, de acuerdo a los datos del INEGI y publicados por el periódico El Economista en su edición del 14 de febrero.

El porcentaje de personas en condiciones críticas de ocupación es el más alto en lo que va del milenio y ha crecido 1.2 puntos porcentuales a partir de diciembre de 2012, que fue precisamente cuando se aprobó la reforma laboral, que flexibilizó la contrata-

ción de trabajadores.

También la informalidad (personas que no gozan de ninguna prestación y no tienen asegurados sus ingresos) superó los 30 millones de personas, el 58.2% del total de la población económicamente activa (población en edad, condiciones y con trabajo o en busca de uno) en el país, lo cual en el número absoluto implica un récord y en relativos está muy cerca del 60% que alcanzó en diciembre del 2009.

Así, aunque el número de empleos formales ha crecido más que en los últimos 5 sexenios, también lo han hecho la tasa de informalidad laboral, los trabajadores que ganan hasta 2 salarios mínimos y los que están en condiciones críticas de ocupación.; los dos últimos reciben ingresos que no permiten cubrir las necesidades mínimas de una familia y los primeros no gozan de ningún tipo de protección legal y sus ingresos son variables e inciertos.

El saldo es evidentemente negativo y parece que prevalecerá, al menos durante el presente año, pues los pronósticos de crecimiento del Producto Interno Bruto para este año ya se están ajustando a algún punto entre el 2 y el 2.5% anual, que lo sitúa exactamente en los mismos niveles que han prevalecido en los últimos 30 años.

Hasta el momento las reformas estructurales no cumplen con las promesas que hicieron sus promotores y las condiciones económicas internacionales (ciertamente desfavorables para la economía mexicana), las deficiencias estructurales de la economía mexicana, entre las que destacan la estructura productiva del país y los bajísimos salarios, entre los que destaca que México es el único país latinoamericano con un salario mínimo inferior al umbral de pobreza.

Enrique Krauze

Don Daniel: sirvió a la libertad

En recuerdo de Emma Cosío Villegas.

El próximo 10 de marzo se cumplirán cuarenta años del fallecimiento de Daniel Cosío Villegas, uno de los pocos mexicanos a quienes el respetuoso “Don” que le fue dado en vida sobrevivió a la muerte. Lo vi por última vez dos días antes de su súbito fallecimiento, en su pequeño cubículo de El Colegio de México en las calles de Guajalato 125. Charlamos sobre dos capítulos de su biografía que venía yo trabajando desde hacía unos meses. “No sé si tengan interés para el lector”, me comentó en tono inusualmente sombrío. Aunque años más tarde publiqué aquella biografía, reedité buena parte de su obra y he procurado recordarlo en los aniversarios significativos, nunca sobraré evocarlo una vez más. Y espero hacerlo siempre.

Su mayor orgullo -según me comentó en alguna de las veinte entrevistas que grabé con él y aún atesorado- era haber fundado instituciones que lo habían sobrevivido. Se refería sobre todo al Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. Quizá también a las dos grandes “fábricas de historia” que dirigió a lo largo de casi tres décadas: la Historia Moderna de México y la Historia de la Revolución Mexicana.

Lo sobreviven aún. Por afecto y fidelidad, no soy yo quien puede juzgar su vigencia, dinamismo, calidad, competitividad. Don Daniel, siempre exigente, les reclamaría practicar a toda hora la crítica, sobre todo consigo mismas. Creo que no recobró la fe en el Fondo de Cultura Económica (no coincidía con el rumbo ideológico que le imprimió su sucesor, don Arnaldo Orfila Reynal, pero estaba orgulloso de su capital editorial y la labor que había desplegado en el orbe de nuestra lengua. Del Colegio de México nunca se apartó. Era su casa intelectual.

Aunque la producción

Su mayor orgullo -según me comentó en alguna de las veinte entrevistas que grabé con él y aún atesorado- era haber fundado instituciones que lo habían sobrevivido. Se refería sobre todo al Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. Quizá también a las dos grandes “fábricas de historia” que dirigió a lo largo de casi tres décadas: la Historia Moderna de México y la Historia de la Revolución Mexicana.

histórica sobre la vida social, económica y política de la República Restaurada y el Porfiriato ha continuado enriqueciéndose en el medio siglo que siguió a su publicación, no creo que, como obra de conjunto y de referencia, la Historia Moderna de México haya sido superada. Lo mismo pienso de su hermana menor (los 23 tomos sobre la Revolución Mexicana) que cubre los años 1910 a 1960. Don Daniel la planeó hasta el último detalle, organizó los equipos de investigación, obtuvo del gobierno los fondos necesarios, supervisó el local en el que trabajábamos, pero no vio aparecer siquiera el primer tomo. Hoy están fuera de circulación. Sería bueno que El Colegio de México pusiera en línea la colección.

Su faceta de ensayista, y en particular su vocación de escritor político, influyó en los autores de su tiempo, marcó a mi generación y ha seguido vigente en las posteriores. A Cosío Villegas le sorprendía que en México no existiese la tradición del escritor político. Recordaba con admiración el caso de Emilio Rabasa poco después del Porfiriato, pero no muchos más. Había que entender con claridad los dos términos de su definición. No se refería al comentario político, sino a la reflexión sobre la política hecha con exigencia literaria. Aludía, desde luego, a la tradición inglesa en la que se había formado (y la que había editado), pero también a la obra de ensayistas políticos franceses como

Raymond Aron. Si en algún lugar nos observa, no sé si le gustaría la cosecha: pero el hecho es que todos los miembros de mi generación, de una u otra forma, desde diversas trincheras y ópticas distintas, seguimos sus pasos. Todos hemos querido -como prescribió- “hacer pública la vida pública”.

“Soy un liberal de museo, puro y anacrónico”, me dijo alguna vez, en su jardín de San Ángel, recordando a los gigantes de la Reforma, cuyas vidas sentía haber compartido más que las de sus contemporáneos. Era visceralmente ajeno a las opciones materiales y espirituales de la gente llamada “de derecha”, pero se sentía lejos de las actitudes incendiarias y dogmáticas de las corrientes “de izquierda”. Era liberal como una forma de estar en el mundo y de encararlo, una disposición a razonar y debatir en un marco de respeto, tolerancia y buena fe. Era liberal porque desconfiaba de las ideas hechas y alentaba el pensamiento por cuenta propia. Y era liberal, sencillamente, porque para él la libertad era el valor cardinal de la historia.

Lo despedimos un puñado de amigos en el Panteón Jardín. En la revista Plural, Octavio Paz hizo su apología en un ensayo precedido por un epígrafe de Yeats: Imitate him if you dare, world-besotted traveler; he served human liberty. Volteo a mi derredor, y no veo muchos que se atrevan a imitarlo.

www.enriquekrauze.com.mx